

Y el marido espera inútilmente hace tiempo un nuevo paquete de cartas perfumadas, atado con hilo de oro y señaladas todas ellas con un número correlativo, escrito con tinta roja, acaso con sangre.



CAPÍTULO DÉCIMO

El purgatorio.

Pocos matrimonios viven en el infierno; poquísimos gozan las excelsas delicias del paraíso. Los más se hallan entre uno y otro, y viven sin redención; esto es, sin la esperanza de subir al cielo, pero también sin el miedo de ser precipitados entre los demonios. Después de una luna de miel más ó menos larga, descienden á la tierra paseándose ora entre ortigas y espinas, ora en los floridos senderos de los jardines, y así permanecen hasta que la muerte los separa.

Describir todas las formas y todos los accidentes de este purgatorio conyugal, sería tarea interminable; me contentaré con presentar algunas escenas tomadas de la realidad, para que por estos ensayos juzguéis del resto.

Son las ocho de la mañana y él está despierto hace ya un rato; ella duerme profunda y tranquilamente.

Él permaneció tranquilo y silencioso durante



más de una hora, leyendo el periódico, fumando un cigarro, mirando siempre á su mujer con la dulce esperanza de que se despertara por sí sola; pero

en vano. Tosió repetidamente, se sonó las narices sin tener necesidad, movió el lecho;

pero siempre inútilmente. La esperanza se convirtió en impaciencia; la impaciencia en agitación molesta, insoportable.

Entonces le dió en la boca un beso dulce, suave, pequeño, y ella se despertó sobresaltada, abriendo los ojos asustados y dirigiéndolos sobre él, que esperaba una sonrisa ó una respuesta igual á la pregunta:

—Me has asustado. ¿Á qué viene el despertarme tan repentinamente?

—Creía que un beso mío te hubiera alegrado; esperaba que te hubiera despertado sin sobresalto.

—Si ya lo sabes hace tiempo, que despertándome de este modo, me haces mucho daño y me proporcionas palpitaciones de corazón y estoy mala durante todo el día.

—Estaba despierto desde las seis y he tenido la paciencia de esperar dos horas á que despertaras tú también. Has dormido nueve horas.

—Y si hubiera querido dormir diez, ¿hallarías en ello algo de particular? ¿No recuerdas que ayer trabajé todo el día como una burra, que recibí la ropa blanca, que puse en orden la sala y que fuí de tiendas á buscar tela para tus camisas? Estás echando á perder mi salud y me proporcionarás una afección al corazón

con esa maldita costumbre que tienes de despertarme de repente.

—¿Pues cómo debo despertarte? Enséñame tú.

—Si pudiera enseñarte un poco de consideración, si pudiera corregir tu egoísmo, lo haría de muy buena gana... No piensas más que en tí solo.

El acento del diálogo había llegado á ser, por parte de ella, rabioso, iracundo, lleno de hiel concentrada.

El sufría, pero esperaba siempre una reconciliación...

Trató de llegarla al corazón.

—Déjame ver si, efectivamente, tienes palpitations.

Ella, incomodada, le volvió la espalda.

—Déjame en paz. Después de haberme hecho daño, aún quieres andar de bromas. Si te digo que acabarás por matarme.

Se volvió también él, murmurando y meditando tristemente en aquella combinación binaria que se llama un matrimonio...

*
* *

—Oye, hermosa, hoy querría comer una hora antes de lo acostumbrado.

—Y ¿por qué?

—Porque en el almuerzo no he comido apenas y tengo un apetito de poeta.

—En cambio yo no tengo ni pizca de gana, porque he almorzado demasiado.

—Es que además del apetito hay otra razón para comer antes. He prometido á Juan, mi más antiguo y querido amigo, que iré á saludarle á la estación, pues pasa hacia Roma.

—Sabe Dios si en vez de Juan será una Juana á quien tú vas á ver.

—¿Quieres venir conmigo á la estación para persuadirte de ello?

—¡Dios me libre! No soy nada celosa.

—Un poco nada más. Lo eres siete días á la semana y siete veces al día; lo eres siempre y siempre sin razón.

—Pero si digo que te creo. Era una broma.

—Entonces comeremos á las cinco en vez de hacerlo á las seis.

—¡Imposible! La criada ha traído una gallina tan vieja y tan dura, que nos veremos y nos desearemos para tenerla cocida á las siete.

—Pues bien, mujer, yo comeré sin gallina.

—Pero, ¡si no hay otra cosa! Ya irás otra vez á saludar á tu amigo; por ejemplo, cuando vuelva de Roma.

—Es que entonces vuelve por Civita-vecchia y Génova.

—En suma, señor mío, que no se puede comer á las cinco.

—Ya, basta que yo te pida una cosa para que tú opongas mil dificultades á su realización. Siempre has sido así desde que nos casamos, y así lo serás hasta el fin.

—Y tú siempre serás aquel hombre terco, infalible, que ha de mandar en todo, hasta en las cosas de casa, donde sólo la mujer debía ser el ama.

—Eso es. A propósito de si debemos comer hoy á las cinco en vez de comer á las seis, echas tu acostumbrada filípica contra mí... Ya me la sé de memoria.

—No lo parece, porque eres incorregible y en todo y por todo se ha de hacer tu santísima voluntad, sin hacer caso alguno de la salud de tu mujer y tus hijos.

—Ya, ya; tienes razón; una gallina dura te matará. Por amor de Dios, hazme el favor de ser razonable...

—¡Si el irracional eres tú! Gracias por el cumplimiento; si yo soy irracional, tú eres un egoísta y un villano que no debías haberte casado conmigo.

—Ni tú tampoco conmigo, ¡charlatana, grosera, insoportable!

—Echa, hijo, echa. ¿No tienes más adjetivos simpáticos, finos, dignos de tu boca delicada?

—Sí, todavía tengo muchos. Eres una tonta, una caprichosa, no tienes sentido; de un hilo de seda haces una cuerda, y en todo hallas pretexto para atormentarme y para hacer el ridículo; en suma, que hielas todo cuanto tocas. Debes sufrir del hígado. Llama al médico, porque acaso tengas ictericia...

—La ictericia la tendrás tú, y para que veas que de los dos el más charlatán y el más insoportable eres tú, callo y me voy.

—Y yo también me voy y no como en casa ni á las cinco, ni á las seis, sino en la fonda. Allí al menos no oiré tu impertinente voz, ni tu incesante charla, y descansaré durante una hora de las inefables dulzuras con que amenizas el tiempo que debemos pasar juntos...



El es director de una gran oficina y muy de madrugada está ya en el escritorio, porque es sábado y tiene que hacer el balance de la semana y pagar á los obreros.

Tiene un humor infernal, porque ha descubierto que el cajero es infiel, el ingeniero ignorante, y muchos corresponsales se han quejado de las malas condiciones de los productos de la fábrica.

Con los codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos, mira maquinalmente, sin ver, una página llena de cifras que tiene delante.

Ella en cambio está de un humor inmejorable, porque se siente bien, porque peinándose al espejo se ha encontrado guapa, muy guapa, y porque su niño, que se ha despertado hace un momento y se ha sentado sobre la cama, ha dicho por primera vez sonriendo: *mamá*.

Ebria de placer, le ha cogido en sus brazos tal como estaba envuelto en las ropas de la cama y ha corrido al despacho del marido, rápida, tumultuosa, feliz, abriendo la puerta sin llamar y sin ver antes si había ó no gente.

Apenas ha tenido él tiempo de levantar los ojos y ya estaba ella en el escritorio y había colocado al niño sobre un fajo de papeles, diciéndole conmovida:

—Da un besito á papá.

Papá quería mucho á aquel niño, quería muchísimo á la mamá, pero en aquel momento odiaba á todos y á todo; hasta á sí mismo.

Hubiera dado cualquiera cosa por no estar de un humor insoportable ó porque no estuvieran allí madre é hijo, que le obligaran á cometer alguna barbaridad.



¡Qué contiendas tan feroces, mudas, invisibles, se libran á veces en breves instantes en el cerebro de un hombre!

Acercó rápidamente su boca á la del niño, y dijo:

—Sí, sí, muy bien; dame un beso y vete en seguida, porque tengo que trabajar y estoy muy preocupado. Vaya, adiós, adiós.

Y casi rechazaba á la madre y al hijo con las dos manos, convulsas, airadas, casi amenazadoras.

La pobre madre que no esperaba tan brusca acogida, no se resignó á ella.

—¿Sabes? Carlitos ha dicho por primera vez *mamá*; ahora mismo, apenas se ha despertado.

El padre callaba y sufría, airado contra sí porque no podía ni sabía sacar de sus labios una sola palabra afectuosa, ni de sus manos la más leve caricia. Ante sí todo lo veía negro, y sentía en su boca tanto amargor que hasta el acibar le hubiera parecido miel.

¡Y tener que ser grosero con aquellos seres queridos que ante sí tenía! ¡Ah! ¿por qué aquella mujer había venido en tan intempestivo momento? ¿Por qué él no se había encerrado con llave en su despacho?

La mamá no se daba por vencida. Aproximó sus labios á la frente arrugada de su marido, pero él la besó fría é indiferentemente. Aquel beso helado y brutal era un insulto.

Ella sintió que la sangre se le agolpaba á la garganta, y sollozando exclamó:

—Sí, sí, vámonos fuera... No vendremos más á interrumpirte.

Él se levantó de repente, se fué á la ventana, pero no la abrió. Se echó mano á la cabeza, y mesándose los caballos, prorrumpió.

—¡Benditas las mujeres que no comprenden nada, que entran en el despacho á interrumpirnos en el trabajo, que nos obligan á ser groseros y brutales con aquellos á quienes más se quiere... ¡Y después pretenden ser iguales á nosotros!

Continuó en su panegírico de las mujeres él solo, porque madre é hijo se habían ido llorando. La madre, porque de una sola vez la habían herido de muerte dos puñaladas: una en el corazón de esposa, otra en el corazón de madre. Y el niño, porque se había asustado de la escena cruel, de la cual parecía sentir, si no comprender, toda la despiadada amargura.

Sollozos y lágrimas duraron largo tiempo, y á través de las paredes llegaban al escritorio, formando bárbara armonía con los gritos de furibunda desesperación del director de la oficina.

—¿Sabes que anoche en el teatro ha venido á nuestro palco el marqués de Bellavista?

—¿Y qué iba á hacer allí? No sabía que estuviera en Florencia.



—Ni yo tampoco.

—¡Ah!

—Le creía en Nápoles, pero me ha dicho que yendo á Milán á tomar parte en las carreras, se ha detenido en Florencia un par de días, y habiéndome visto en el palco, ha subido á saludarme.

—Me figuro que habrás estado muy incomodada con él, para que no le queden ganas de volver á saludarte otra vez...

—Incomodada no, sería sí. Puedes preguntárselo á tu madre, que estuvo presente á toda nuestra conversación.

—Me parece que le habrás visto por primera vez durante el día en paseo ó quizás aquí en casa, y que ahora me dices que le viste en el teatro, porque otros muchos me lo habrían dicho. Has querido prevenirme, ¿eh?

—Eso es una ofensa injusta y cruel. Creo que no te he dado nunca motivo para que dudes de mi lealtad.

—Todos los demás hombres que te hacen la corte no me importan un bledo, pero el Marqués ya es muy distinto. Antes de que te casaras conmigo, él estuvo enamorado de tí y aun tú de él. Y las cosas hubieran llegado á feliz término si á última hora tu padre, que se informó bien de las pésimas condiciones de su futuro yerno, no hubiera roto por completo todas vuestras relaciones... Los primeros amores siempre dejan recuerdos ardientes.

—No, hijo, no. Si hubiese amado al Marqués, no me hubiera casado con ningún otro, ni hubiera creído en las acusaciones que se

lanzaban contra él. Hubiera esperado á ser dueña de mí misma y no habría dado mi mano á nadie.

—¿Cuánto tiempo se ha detenido en el palco el Sr. Marqués?

—Cerca de una hora.

—Muy bien; ¡una hora nada más! Poco para una cita amorosa, y mucho para una visita de etiqueta.

—No era cosa de decirle que se fuera.

—Cuando una mujer quiere, puede hacer comprender á un hombre que su visita es importuna é inconveniente, y que es preciso abreviarla todo lo posible.

—¡Como si eso hubiera yo podido hacerlo!

—Y habréis hablado de vuestros antiguos amores, del dolor de vuestra separación...

—No se ha hablado más que de música y de teatro.

—Lo creo, pues; ahora mismo salgo á ver si el Sr. Marqués está todavía en Florencia, y cuánto piensa detenerse... y tú, mientras tanto, si él tuviera la defachatez de venir aquí, no le recibas. Lo quiero, lo exijo.

—No se necesita eso; conozco muy bien mis deberes.

—No siempre. Una hora de visita en el

palco de una mujer que fué nuestra novia, es una ofensa al marido.

Ella, que era completamente inocente, se sentía ofendida por aquellas inmerecidas sospechas de su esposo y empezaba á disgustarse, amenazando deshacer un ejemplar de Copée, que tenía entre las manos.

Y por despecho, por reacción contra tan injusta ofensa, tenía un pensamiento fijo. El marqués de Bellavista no hubiera sido tan celoso, tan brutalmente celoso. Los hombres libertinos conocen un poco mejor el corazón de la mujer.

El marido salió de casa sin despedirse de su esposa, y de café en café, de club en club, y con los amigos á quienes encontraba al paso por el camino, espiaba al Marqués, siguiendo sus pasos, adivinando sus pensamientos, en suma, atormentándose de cien mil maneras, á cual más absurdas...

*
* *

—¿Me permites, querida mía, que te haga una observación?

Quien dirige esta pregunta es un marido que se halla todavía en su cama, y á quien la

hace es su mujer que está á su lado y que acaba de despertarse.

—¿A propósito de qué, si acabo de despertarme ahora mismo?

—A propósito de la romanza francesa que cantaste en casa de la Condesa...

—¿Y qué tienes que decirme?

—Que has pronunciado muy mal las *u*, como si fueran otras tantas *ou*.

—¿Y no tienes más que criticar?

—Pero hija, no te incomodes, si es tu marido el que te hace estas observaciones.

—¡Bien, muy bien, y muchas gracias! Sobre todo has elegido admirablemente la hora para corregirme un defecto de pronunciación francesa. En vez de darme los buenos días con un beso, con un abrazo ó con una palabra de amor, me das una lección de gramática... ¿Me la das de balde ó te debo algo?

—Ea, ea, no montemos sobre el caballo del resentimiento por una cosa tan frívola. Tú eres toscana y las *u* resultan para tí duras, difíciles á tus labios que destilan miel y ambrosía; pero otra vez pierde cuidado... diré que no sabes francés.

—¡Qué francés, ni qué niño muerto! ¡Pregunto yo si en el calor de las notas hay quien

se fije en las *u* ó en las *ou*... Y no digo en una vocal, sino hasta en una palabra, que apenas se distingue!

—Pues cualquiera. En primer lugar los franceses, que sufren al notar que se les estropea su lengua, y después los envidiosos, los malignos. Mira, anoche, cada vez que tenías que decir la palabra *dur*, que siempre pronunciabas *dour*, la marquesa Victoria sonreía, mirando á su hermana, la cual se reía, poniendo los labios en forma de embudo, para hacerte burla. Y ni una ni otra se fijaban en que yo veía en el espejo todos sus gestos.

—¡Quién sabe de qué se reirían! Lo que yo sé es que fuí muy aplaudida y que todos alabaron mi voz y mi escuela de canto.

—Yo también sé que cantas muy bien, pero no me negarás que en la buena sociedad los aplausos se conceden á todos y principalmente á las mujeres hermosas.

—Sí, pero solamente á aquellas que saben pronunciar la *u*...

—¿Quiéres saberlo todo, tú á quien disgusta la más pequeña observación que se te hace?

—¿Qué?

—Pues bien. El duque de Saint-Étienne, á la vez que te aplaudía calurosamente, se incli-

naba á su prima y le decía: «Ouí, elle chante très bien, mais elle a le tymbre de la voix un peu *dour*.» Y su amable prima se cubrió la cara con el abanico para disimular una risotada homérica.

Aquí la señora se enfureció de veras y saltando en seguida del lecho exclamó:

—*Dur ó dour*, que lo mismo me da, me levanto de la cama una hora antes, porque de lo contrario me harías rabiarse de veras. Pasaré un buen día y te lo deberé á tí... Gracias, mil gracias, señor maestro de lengua francesa.

Para comprender la causa de toda esta furia, el por qué la conversación se había convertido en violenta y áspera, conviene saber que la prima del Duque era, por posición, por juventud y por belleza, la rival oficial de la señora que pronunciaba *dour* en vez de *dur*.



Están á la mesa marido, mujer y cuatro hijos de edad y sexo diferentes, desde los cinco á los doce años.

La madre sirve á todos.

El padre mira la distribución de un plato de natillas, perfumadas y riquísimas, y arruga el

entrecejo torciendo varias veces la cabeza en señal de desaprobación.

Esta mímica dura tanto, que ella se entera, y á su vez dejando la cuchara le mira con mal humor y le dice:



—¿Qué hay? ¿Tienes alguna observación crítica que hacer?

—Sí, señora; una observación crítica, pero nada nueva, porque la hago todos los días en el almuerzo, en la comida y en la cena, y si no la manifiesto, es para evitar disgustos; pero hoy me parece que la paciencia se me va.

—Déjala ir, que yo la tomaré.

—No estará mal un poco menos de injusticia, sobre todo cuando usurpas el lugar de Dios y distribuyes el bien y el mal con tanta autoridad.

—¿Qué quieres decir?

—Que sirves primero á los varones y luego á las hembras, mientras que en todos los tiempos y en todos los países se sirve primero á las señoras.

Ella se echó á reír á carcajada tendida.

—Es que yo no veo aquí señoras, sino hijos, que para mí no tienen sexo y á quienes amo igualmente. Hoy, y desde hace días, sirvo primero á Antonio y á Pedro, porque están más cerca. Cuando María estaba aquí, la servía primero á ella.

Pero aunque así no fuera; ¿debemos enseñar la etiqueta y establecer jerarquías en esta bendita edad de la inocencia? Me parece una gran simpleza.

—Aquí no entra la simpleza, sino la justicia. Tú siempre prefieres á los varones.

—Y tú á las mujeres. ¡Estamos en paz!

—Pero fíjate, y verás en los platos la razón de lo que digo. No sólo sirves primero á los varones, sino que su ración es mayor.

—¡Y cómo no, si son mayores!

—No, no; aun prescindiendo de la edad, tú eres parcial.

—Pero si ninguno tiene la misma edad.

—Y ¿qué significa uno ó dos años de diferencia? La diferencia está en tu parcialidad, en tu deplorable injusticia.

—Pues mira, hazme el favor de servir tú mismo. Será para mí un trabajo menos y para tí una agradable ocupación y una hermosa ocasión de administrar la justicia familiar. En adelante ya no sirvo yo.

—Ni yo tampoco.

*
**

En honor de los dos cónyuges, que con tanta sutileza discutían acerca de justicia distributiva, consignaré que hablaban en alemán, lengua desconocida para sus hijos. Así, al menos esta vez, no tuvieron ocasión de aprender que el paraíso está muy lejos de la mayor parte de las familias, y que la justicia humana es generalmente muy injusta.

*
**

El lector me agradecerá que no le canse con más bocetos tomados de la realidad en el

purgatorio matrimonial. El infierno es terrible, pero por lo menos tiene las emociones dramáticas de todo lo que es grande, ó sangriento, ú horrible. El purgatorio, por el contrario, es pequeño, mezquino y deplorablemente vulgar. No hay las terribles tempestades del Océano, sino pantanos en que nos sumergimos poco á poco; no hay mordeduras de tigres, sino picaduras de mosquitos; no hay garras de león, sino el picor de las chinchas; no hay delirios ni delitos, sino sollozos comprimidos y lágrimas ocultas: un continuo tormento, una exasperación de heridas, un recrudecimiento de humores malignos, que desde la médula de los huesos atraviesan paulatinamente los tejidos y se manifiestan en la piel bajo una forma repugnante.

Tal es el cuadro nada halagüeño, pero muy verdadero, del purgatorio matrimonial, cien veces peor que el purgatorio católico, porque éste, después de un período más ó menos largo, conduce al paraíso, y aquél no conduce más que á la muerte, á través de un largo fastidio y cansancio de la vida...



CAPÍTULO UNDÉCIMO

El paraíso.

STABAN sentados en una esquina del mismo sofá, apretados uno contra otro, no en un espasmo de voluptuosidad, sino en una tranquila é ingenua admiración de sí mismos.

No tenían deseos, porque todos los habían satisfecho; pero tampoco estaban indiferentes